

reseñas bibliográficas

BERNHARD RIDDER. — "Historia de la Iglesia Católica". — Ediciones Fax. — Traducción de Constantino Ruiz Garrido. — 796 págs. — Madrid, 1960.

Acostumbrados a los clásicos manuales de Historia Eclesiástica, sorprenderá el nuevo enfoque con que Ridder ha sabido entrelazar los diversos hechos religiosos que se escalonan a lo largo de los siglos.

El autor ha intentado relacionar la historia que vivió la Iglesia con la historia de los sucesos profanos, ya que la historia de la salvación, protagonizada por la Iglesia, y la historia profana, caminan inexorablemente unidas. Para Ridder, la historia de la Iglesia se hunde en lo más profundo de la vida del hombre y de los pueblos. Nosotros somos los propios protagonistas, y la providencia divina mueve los hilos de nuestras interrelaciones.

El autor expone los diversos actos de este drama que es la historia sagrada tratando de presentar al vivo los núcleos que les dieron vida y que constituyen el motivo predominante de cada momento histórico. No se puede escribir una historia de la Iglesia sin hacer un poco de filosofía sobre la misma, y sobre todo sin relacionar la serie de hechos con una teología de la historia.

En impresionante procesión, avanzan por las páginas de este libro que se lee con tanta fluidez, los retrocesos, vacilaciones y caídas de tantos personajes ilustres, pero también los heroísmos, virtudes y visión de los conductores religiosos, en todos los planos.

Quiero destacar el conocimiento que demuestra el autor respecto a los complejos problemas de la historia. Expone con verdadera lealtad todos los acontecimientos, sin rehuir aquellos que comprometen su criterio.

La claridad y el orden de este texto, la solidez de la interpretación, la ayuda intuitiva de gráficos y resúmenes hacen de esta historia el libro ideal para la lectura de los católicos. Todo hijo bien nacido anhela conocer la historia de su madre. La "Historia de la Iglesia Católica" de Bernhard Ridder, nos ayudará a conocer mucho más la grandeza de nuestra Madre, la Santa Iglesia.

Alfredo Sáenz S. J.

HEINRICH ROSS, S. I. — "Sören Kierkegaard y el catolicismo". — Traducción de Javier Oyarzun. — Editorial "Razón y Fe". — Madrid, 1959. — 106 páginas.

Este trabajo del Padre Heinrich Ross, jesuita alemán y primer profesor católi-

co en la Universidad protestante de Copenhague, constituye el texto de una conferencia pronunciada en 1952 por invitación de la Asociación Sören Kierkegaard de Dinamarca. El tema fundamental de la obra reside en el problema planteado por muchos contemporáneos de Kierkegaard, y también por filósofos católicos después de la primera guerra mundial: cuál es la posición del filósofo danés frente al catolicismo.

El Padre Ross se inspira en la idea de Herman Diehm, especialista protestante en Kierkegaard, quien ha declarado que la contribución de los pensadores católicos en el estudio de Kierkegaard, ha creado una nueva orientación en la teología de la controversia. A ese efecto, el autor cita en la Introducción de su libro los trabajos de estos estudiosos: los artículos de Romano Guardini, el libro ya clásico del Padre Przywara, las obras del Padre Von Balthasar, del Padre Jolivet, de Pierre Mesnard y del jesuita francés Henri de Lubac. Más adelante, en el desarrollo posterior del libro, el Padre Ross analizará algunas tesis de los mismos (ej.: si es posible descubrir en Kierkegaard un "catolicismo anónimo"), añadiendo su posible coincidencia o desacuerdo.

El libro es breve por su finalidad: está escrito para un público oyente. Consta de una Introducción, dos capítulos y un Apéndice con la lista de los libros y autores católicos que figuraron en la biblioteca de Kierkegaard.

Después de haber revisado minuciosamente los papeles de Kierkegaard, el autor declara en la Introducción que Kierkegaard nunca leyó los grandes pensadores clásicos católicos. En cambio sí tuvo conocimiento de algunos Padres de la Iglesia, como sería el caso de San Agustín.

En el Capítulo I, el Padre Ross considera la posición crítica de Kierkegaard frente al protestantismo de su país. Advierte el autor que esa reacción del filósofo danés aparece recién en los últimos años de su vida, y sólo se manifiesta en sus papeles íntimos. De ninguna manera en las obras publicadas. La principal crítica de Kierkegaard al luteranismo consiste en verlo instaurado como "norma", cuando sólo nació como un correctivo de vida. Kierkegaard rechaza además el concepto de reforma como es aceptada por los protestantes. Para él, la reforma verdadera consiste en llegar a ser profundamente interior. Además, su propio pensamiento dialéctico le hace disentir en muchos aspectos de los conceptos absolutos de la Reforma protestante.

A medida que el Padre Ross desarrolla estas ideas, trata de demostrar que la

crítica de Kierkegaard al luteranismo le permite aproximarse a la religión católica. Mas este acercamiento se produce no sólo desde el punto de vista negativo —por las reflexiones polémicas recién citadas—, sino también como una tendencia positiva en ciertos puntos doctrinales. Estas observaciones del autor son muy interesantes. Los puntos serían por ejemplo el principio de las "obras" —defendido por Kierkegaard— en oposición al principio protestante de la fe; el concepto de autoridad objetiva (ya reconocido en un principio por el P. Przywara en su libro sobre Kierkegaard) y el concepto de Kierkegaard concerniente a la bondad divina, muy coincidente en su análisis con el pensamiento analógico de Sto. Tomás referido a las causas primera y segunda.

El Capítulo II, en cambio, está dedicado a las tendencias aparentes o reales de Kierkegaard contra la doctrina católica. Con igual procedimiento didáctico, el Padre Ross analiza los conceptos que se podrían denominar anticatólicos en el filósofo danés: el anti-intelectualismo originado por su fideísmo, la subjetivación de la fe, la valorización secundaria de los argumentos de la existencia de Dios, etc. El autor analiza estos conceptos desde el punto de vista de la metafísica tomista —en especial cuando objeta la idea de verdad—. Y concluye su libro encontrando que "la actitud de Kierkegaard respecto al catolicismo era como todo en su vida, ambivalente" (pág. 99).

El libro del Padre Ross es un trabajo de interesante síntesis y claridad intelectual. Preparado para un público en su mayoría protestante, aclara metódicamente los puntos fundamentales del dogma de la Iglesia Católica. Estableciendo también con nitidez las relaciones de distinción con la creencia protestante. Por ello, cumple un verdadero fin de enseñanza y de formación religiosa.

También advertimos que la exposición de la obra responde a un plan bien ordenado, cuya idea esencial reside en la actitud de "ambivalencia" religiosa en Kierkegaard. Así, mientras el Capítulo I nos presenta un Kierkegaard favorecedor del catolicismo por su crítica a la concepción protestante; el Capítulo II nos aporta la otra faz del filósofo danés, contraria en algunos puntos al catolicismo. No entraremos a discutir los principios sobre los cuales se basa el P. Ross para afirmar esto (él mismo reconoce que una filosofía existencial podría variar las discusiones acerca del cristianismo de Kierkegaard). Pero sí queremos insistir en el valor de este Capítulo II que contrarresta, con una visión realista, las exageraciones surgidas sobre el supuesto catolicismo de Kierkegaard. El libro, en este

sentido, es sumamente lúcido y convincente.

Ahora bien: nos preguntamos si después de leer el estudio dedicado al filósofo danés, el Padre Ross nos ha entregado una imagen fiel del pensamiento de Kierkegaard. Creemos que no. El librito del P. Ross constituye, sin duda, un enorme esfuerzo de esquematización. Esfuerzo que no sólo se observa en la presentación lógica de los capítulos, sino también en el análisis crítico de las ideas de Kierkegaard. Pero, justamente, este libro de consideración va en desmedro de la verdadera aprehensión del pensamiento kierkegaardiano. Recordamos a propósito, una interesante sugestión de Aranguren escrita hace unos años. Aranguren sostenía que para ocuparse de Kierkegaard, pensador que es en sí mismo la contradicción y la paradoja, había que hacerlo no con el espíritu que objetiva y deja "abstracto" todo cuanto toca sino "a través de la intrincada dialéctica de pseudónimos, ocultaciones y revelaciones" (José Luis L. Aranguren, *Exposición de Kierkegaard*, Cuadernos Hispanoamericanos, Nº 22, 1951, Madrid, pág. 44). Caso contrario, se corre el riesgo de no captar su difícil fisonomía como tampoco de llegar a descubrir la infinidad de variantes e influencias de su pensamiento sobre nuestra espiritualidad contemporánea.

De la misma manera que el Padre Ross encuentra en el libro del P. Przywara una tendencia a la sistematización lógica, nosotros encontramos, involuntariamente, en su estudio, una tendencia a la esquematización del pensamiento de Kierkegaard. Y este intento es el que nos dificulta hallar, en su libro, el perfil tan particular del filósofo danés.

En cuanto a la traducción del libro, diremos que es correcta. El traductor ha utilizado las versiones inglesa y francesa —especialmente la última—, para preparar el libro. Si bien no se ha servido de la versión original (inconveniente difícil de salvar), no deja de advertirse la claridad de expresión, a través de toda la obra.

María Elena Arias López.

ALBERTO CATURELLI. — "La Filosofía". I. — Universitas cordubensis tucumaniae. — Edición del autor. — 305 págs. — Córdoba, 1961.

"Este libro no es una fría exposición académica sino un diálogo con mis alumnos y mis amigos y, en el fondo, conmigo mismo". Así comienza este texto que Caturelli acaba de editar para uso de los alumnos mayores del Colegio Montserrat de Córdoba.

Es alentador el hecho de que el Señor Rector de un Colegio Secundario, se dirija a un filósofo para pedirle un libro de texto, cuyo índice será el programa del año. Y mucho más alentador es aún, cuando el filósofo requerido es Alberto Caturelli, cuya labor como escritor es, en verdad, una promisoría realidad en nuestro medio.

Bien difícil es escribir un texto de clase. Sobre todo teniendo en cuenta la "circunstancia argentina". Nuestros muchachos llegan a los últimos años del bachillerato con una sedicente cultura enciclopédica, y en un estado intelectual y espiritual poco prometedor. Pensando en ello, el autor ha seleccionado algunos temas que considera más necesarios en estos momentos que vive el país. Caturelli se caracteriza siempre por un persistente esfuerzo de adecuación a nuestra realidad social.

La primera parte del libro (el tomo primero, único editado hasta el momento), incluye un denso programa: la filosofía, el concepto, el juicio, el raciocinio, la naturaleza, el espíritu, el hombre, el ser, la religión, la historia, la moral, la cultura y la técnica. La segunda parte, anunciada por el autor, expondrá detenidamente las corrientes filosóficas de la historia, sobre la base de un conocimiento previo obtenido en el primer año de estudio.

El tono de la redacción es la conversación, a veces muy personal, utilizada también con criterio docente. Es claro que, como en todo texto, el autor se encontró frente a un agudo problema: conciliar la claridad (el filósofo no tiene por qué ser necesariamente oscuro) y el rigor. La exacta confluencia de estas dos condiciones, es la prenda del valor de un texto.

Veamos si el autor lo ha logrado.

No es un "proprio" del estilo caturelliano (si cabe el neologismo) la oscuridad. Su pensamiento suele ser fluido y límpido para todo aquel que se ha iniciado en las lides intelectuales. Sin embargo, quiero ser exacto al hablar de este libro. No siempre el autor se ha puesto a la altura de nuestros alumnos argentinos. A veces me parece que dice demasiadas cosas, sin resignarse a dejar alguna en el tintero. Es un deseo, sin duda, de su corazón generoso, el querer decir todo, comunicar todo "a quien no sabe". Pero, en un texto, esa generosidad es peligrosa. Exponer a Scheler, Heidegger o Teilhard de Chardin, con bastante minuciosidad, no parece adecuarse a la escasa preparación de un muchacho de 15 ó 16 años. Juzgo también necesario objetar el uso de palabras dificultosas, neologismos muy simpáticos en pluma del filósofo cordobés, pero cuando se encuentran en libros dirigidos a un público más prepara-

do: las palabras "autovolición" (p. 110), "creatividad" (p. 136), "omnitudo" (p. 146), "omnienglobante aparecer originario" (p. 146), o fórmulas como esta: "el ser como presencia inteligible es una delgada arista de inteligibilidad que no agota el resto incommensurable", las juzgo decididamente superiores a la capacidad del muchacho medio argentino.

Hay capítulos verdaderamente brillantes. Quiero destacar el dedicado a la religión, a la moral y a la cultura, este último tan hermoso como difícil.

Otra dificultad que encuentro en este texto es su difícil adecuación al estudio privado de los jóvenes. Me cuesta imaginar a los alumnos "dando lecciones" ante el profesor, en base al texto. Quizás con un profesor muy experto, la cosa sería viable, pero no se puede asegurar tal calidad de todos los maestros argentinos.

Debo señalar un gran acierto. El autor, después de cada capítulo, ha seleccionado una "pequeña bibliografía" sobre el tema tratado. Cita preferentemente obras en español y, cuando el tema lo permite, a autores argentinos, como Mondolfo, Casas, Castellani, Derisi y otros. De todos modos, esta bibliografía será más útil al profesor que al alumno. Hubiera sido interesante subrayar dos o a lo más tres libros, sobre los cuales pudiesen insistir los estudiantes.

Esperamos que este texto sea suficientemente apreciado por el público argentino, así como toda la obra tan valiosa que entre nosotros realiza el Dr. Caturelli. Y podemos desde ya asegurar que si los alumnos del Colegio Montserrat asimilan este texto, saldrán muy bien formados en materia filosófica.

Alfredo Sáenz S. J.

ARTURO CERRETANI. — "Retrato del Inocente". — EMECE Editores. — Bs. As., 1964. — 123 págs.

Se ha juzgado al libro de Cerretani como una especie de Elegía a la infancia desorientada; digamos: un llanto por el hombre en su condición de viandante. Yo no veo por qué haya que enfocar todo lo literario de hoy con proyecciones de angustia. Por supuesto, en la interpretación de una obra lo subjetivo del lector juega un papel decisivo, pero esa subjetividad en tanto es legítima en cuanto no tuerce el verdadero mensaje del libro. Claro, lo difícil será siempre descifrar esta clave de inspiración, y así no queda otro remedio que dar el propio punto de vista; yo daré el mío.

El argumento de la novela —trazado con líneas nítidas— parecería avalar la interpretación trágica: un niño que huye

de un hogar destrozado —teniendo como único acompañante a un gato— llega a la inmensa ciudad y tras una estadía en un ambiente mezcla de abyección y bondad, se torna al punto de partida, a las paralelas indefinidas e interminables de la vía férrea.

¿Des dónde? ¿Hacia dónde? y todo enmarcado en un paréntesis de dolor, tal sería el contenido del libro a primera vista. Tal la dirección de ciertas críticas. Sin embargo, todo ello por real que sea, no me parece agotar el sentido más cálido de Cerretani en esta novela. "Retrato del Inocente" es para mí el cántico de la inocencia eterna, de esa inocencia que no se limita a la infancia sino que proyecta sus claridades a toda la existencia de ciertos hombres privilegiados. Y ser inocente no significa necesariamente carencia de lacras. Es, ante todo, una actitud frente a la vida; actitud hecha de candor y simplicidad ante los hombres y los acontecimientos. Para mí la pobre Juvenka es tan inocente en su miseria como el protagonista antes y después de su caída. Precisamente porque poseen ese don único deben separarse irremediabilmente.

El breve espacio de una reseña me impide el desarrollo amplio de una temática y de un enfoque tan rico. Cerretani, en síntesis, hace un elogio de esa fortuna limpia frente a la vida. Lo hace a través del tema, a través de los personajes (¿cómo no evocar también al linyera "Señor Buzón"?) y a través de un estilo fresco, directo, espontáneo.

Transparencia de tema, dada a través de una expresión nítida, que habla, en último término, de un autor transparente en su mente y en su corazón. Y ser transparente no involucra simplicidad peyorativa cuando esa nitidez es fruto de una riqueza interior y, sobre todo, de un equilibrio de espíritu.

Pedro Miguel Fuentes S. J.

LUIS GOROSITO HEREDIA. — "Cuentos para la espera del cielo". — Ediciones Paulinas. — Buenos Aires, 1960.

"Lo que nace en nosotros, sobre todo después del Bautismo, es el cielo... y el cielo va creciendo en nosotros hasta que, maduros ya, caemos hacia arriba".

Pero entre tanto hay que esperar. Y para llenar esa espera —nos dice el autor— si las malas lecturas entretienen, ¿por qué no ha de haber buenas que entretengan también?

Con este fin salen a publicidad estos diez cuentos "ejemplares", "Cuentos para la espera del cielo".

Lo curioso es que el mismo autor intercala a veces una crítica notablemente

acertada de la obra, como al afirmar de un cuento —y podría generalizar la afirmación— que no tiene nada del vigor de estilo del autor de "El poder y la gloria", sino más bien una vaga deliquesencia tipo "Azul".

Gorosito Heredia es un estilista maravilloso. Sus descripciones se leen con placer. Quizá abunden demasiado los castillos de siete colores, las aves del paraíso y los rosales encantados. El mismo se confiesa pariente —en el estilo— de Darío y del Valle Inclán de las "Sonatas". Y tiene todo el perfume y la suntuosidad de la prosa modernista.

Lástima que falte en sus cuentos el interés que hace a una lectura fácil y atractiva. Se resienten por excesos de didacticismo, de "ejemplaridad" o, como en el caso de "El lobo en el monasterio" —el más largo de ellos: 80 páginas— por la falta confesada "del encantamiento avasallador que debe surgir de un cuento bien hecho". Porque "la ficción no llega a transformar la realidad. El lector no llega a ponerse en trance de soñar con los ojos abiertos". Más aún —agregaríamos— corre el peligro de soñar con los ojos cerrados.

En pocas palabras, reconociendo el ingenio, la imaginación rica, un estilo perfecto y la intención más elevada de edificar —el fondo de los cuentos es siempre religioso— no es fácil augurar que sean muchos los que los lean. Falta el interés narrativo en la acción.

Y por otra parte, no parece que —aunque quizás los niños sean quienes encuentren más interés en lo ingenuo del relato y en la imaginación "increíble" del autor— sean precisamente ellos los destinatarios de los cuentos.

Raúl Artigas.

LUIS GOROSITO HEREDIA. — "El pecado y la sangre". — Ediciones Paulinas. — Buenos Aires, 1961.

Son cinco esta vez los cuentos que Gorosito Heredia reúne bajo este título terrible. Y les llama también "Caligramas escandalosos": los protagonistas son pecadores, y el hecho de su acercamiento a Dios al final de cada cuento marca el fin de sus extravíos.

Los temas de ahora quieren ir rozando problemas de actualidad. El comunismo en ambiente portefío aparece en "El extraño cliente del Café Tortoni", la limitación de la natalidad en "Los hijos de la Señora Lulú". Pero la narración principal —"Ben Omín, personaje inverosímil", que pasa de las cien páginas— es la historia de un sacerdote contemporá-

neo de San Pablo en un marco histórico de reconstrucción algo convencional.

Lo que se hace indudable es la predilección del autor por lo milagroso, lo inverosímil, y un mundo ingenuo de encantamiento infantil que nos hace volver a preguntarnos a quién se dirigen estos cuentos. Porque ni son ni quieren ser para niños: aunque el hijo de la Señora Lulú sea llevado por su hada madrina a un castillo encantado, no hay que olvidar que esto sucede en castigo de esta señora (hecha culpable de practicar el "Birth control").

El tema que lleva al mismísimo San Pablo al Café Tortoni para discutir con un joven intelectual comunista y dejarle al borde de las lágrimas es indudablemente original, pero la falta de recursos narrativos impide todo el efecto escandaloso y fantástico que se quiere lograr.

Finalmente, la larga historia de los extravíos del sacerdote "Ben Omín" en la asiática y cosmopolita Efeso del primer siglo de la Era Cristiana, rodeado de tentaciones orientales —especialmente la de conciliar Cristianismo, Judaísmo y Paganismo en un amplio sincretismo— tiene mucho más valor.

El conocimiento del ambiente de estos tiempos de la Iglesia naciente —lo mismo que el estilo a través de toda la obra— son dos méritos salientes que hay que reconocer.

Y que dan una buena base para esperar otra serie de narraciones inspiradas siempre en la intención cristiana de edificación que es la línea que siempre ha seguido el autor.

Raúl Artigas.

ROSALES, César. — "Vengo a dar testimonio". — 160 págs. — Editorial Losada. — Buenos Aires, 1960.

Con los poemas que integran esta colecticia entrega, César Rosales, el poeta de "El exilado" y "La Patria elemental", obtuvo el Primer Premio Municipal de Poesía de la Ciudad de Buenos Aires, en este año de 1961. Pocas veces un premio literario, su denominación y circunstancia han de ajustarse con mayor propiedad a la esencia de la obra. Porque Rosales se revela en estas páginas como un poeta cósmico y en cada uno de sus poemas, caben conclusiones aplicables a todos los hombres, sea cual fuera el momento de su historia y el lugar donde habiten.

Rosales destina su poemario a la definición del hecho poético y a la definición de la poesía, demostrando que el poeta universaliza lo particular y canaliza al universo en singularidades.

El presente poemario se halla concebido en cinco partes y en conjunta traza una

parábola que va desde el canto a los misterios y a los símbolos mitológicos hasta la aproximación al hombre cotidiano pasando por dos estancias de índole telúrica.

La vocación profética del canto de Rosales es evidente. Ya en el poema "La piedra del silencio", que inaugura el libro, invoca a la poesía con nombres espléndidos en los que aparece trasfigurada en imágenes sucesivas. Así la llama "hueso labrado por la soledad", "reverbero/de las tormentas", "vasijas corroídas por un ácido eterno", "madrigueras de topes con jirones de cielo" y otros de similar linaje. Adviértase la tendencia aluvional y erosiva de la poesía de Rosales. Sus imágenes principales se refieren a elementos que cavan su cauce en otros, actitudes que van tallando las figuras vitales hasta quedar el perfil del poeta mismo, quien afirma: "Vengo a dar testimonio/vengo a labrar un acta de la vida". Luego nos informa cómo escuchó las voces de las cosas y cómo ellas le informaron de la esencia de sus naturalezas respectivas. En ese viaje por el mundo exterior de los valores, vio y escuchó a "la reina de oro / madura y ataviada para el vuelo nupcial" (imagen dinámico-auditiva) pero también "al caracol marino" (imagen estático-visual). Descubre el poder de la creación poética, que permite ver a aquella y escuchar a ésta. Toda la obra se halla centrada en el descubrimiento de esos imponderables, realizado por un sujeto ("lo imprevisto es la magia") que preside la creación poética.

El vocabulario empleado por Rosales en esta nueva empresa creadora se aproxima con mayor realidad a la clave mitológica de su obra. Quien logre descifrarla, obtendrá asimismo la comprensión del argumento que guía a sus poemas. Quizá sea ese el mayor aporte que realiza César Rosales a la poética, señalando el punto de tangencia entre géneros literarios diversos y aplicándolos como exégesis personal a la vida cotidiana.

Si tuviésemos que caracterizar a la poética de César Rosales lo aproximáramos seguramente a Saint-John Perse; y puestos a elegir palabras-clave para comprender su poética, buscaríamos aquellas que establecen una vinculación telúrica. En "Sonata de mi pueblo", esas condiciones se esclarecen y se muestran en todo su esplendor. Los símbolos claros y cotidianos adquieren allí valor trascendente —avispa, arroyo, secanos, vilanos, campanario, cordajes— y la intención que guía su enhebrada ramazón se brinda en estos versos de frescura y sabor castellanos: "Oyéndolo parece / que se detiene el tiempo / y que el espacio fuera / un anillo pequeño".

Finalizando da el poemario toda su esencia vital, destinado a perdurar y gravitar hondamente en la poética argentina.

Alberto Blasí Brambilla.

GUSTAVO MARTÍNEZ ZUVIRÍA (Coronel). — "Los tiempos de Mariano Necochea. Héroe de leyenda y General de tres naciones". — Biblioteca Oficial. — Nº 511. — Buenos Aires, 1961. — 800 págs.

Gratamente nos ha sorprendido esta monografía. Tal vez nada nuevo enseñe al historiador, si es que hay alguno que sea un buen conocedor del tema, pero ella ha de contribuir en forma indudable a popularizar el nombre de un gran patriota, apenas conocido. Nos dice el autor (p. 31) que "la adjudicación de estatuas no obedece siempre a reglas de infalible justicia" y la fama muchísimas veces tampoco obedece a la misma. Intereses, no pocas veces innobles, hacen que algunos grandes sean pequeños, y que algunos pequeños, y aun pequeñísimos, aparezcan grandes.

Por eso es que tantos que se creían otrora próceres ilustres, y así se les llama aún en los incorregibles textos escolares, se han venido por los suelos. Temían pies de barro. Por eso hay tantos escritores y no escritores que tienen terror a la verdad, y disfrazan su temor con el nombre de revisionismo. Están a favor de la historia dogmática y hasta piden la creación de un Tribunal de Historiadores con amplios poderes para ensalzar o condenar las publicaciones históricas que aparezcan. Una hijuela de la Inquisición.

El Coronel Martínez Zuviría no derriba estatua alguna, pero con inmensa información, casi toda édita, no sólo levanta un esbelto monumento a Mariano Necochea, sino que hace sumamente simpática su persona y su actuación. Nos ofrece un abultado volumen, que pone a disposición del estudioso cuanto pueda saber sobre ese gran soldado, lo que es mucho decir, pero lo que es aún más, nos ofrece un libro de fácil, amena y hasta entretenida lectura. Gracias a esto último dejará de ser un libro semi-inédito como tantos, a causa de la plúmbea pesadez con que están escritos, sino que pasará de mano a mano, y será leído hasta por entretenimiento. Ese será su futuro, aunque venga impreso en taller famélico y haya salido a la calle como en mangas de camisa, sin atractivo externo alguno.

Hay en Martínez Zuviría pasta de escritor, y ha habido en él, al pergeñar esta magna monografía, una gran capa-

cidad de lecturas, un discernimiento entre los hechos, una trituration tan acertada de las causas y de los efectos de no pocos sucesos, y una cimentación histórica y criteriología tan de buena ley, que su Mariano Necochea debe clasificarse entre los mejores libros publicados sobre historia patria en estos últimos tiempos.

Todos los que lean la obra, aceptarán nuestras expresiones, pero los enemigos del revisionismo, los dogmáticos en historia y sobre todo los defensores del ya caduco fetichismo, no tendrán sino palabras duras, o lo que es más probable, harán en torno de esta obra la conspiración del silencio, ya que escribe en la p. 33 que "la tan mentada influencia de los filósofos de la Revolución Francesa no tuvo ni podía tener gravitación de significancia en la mentalidad de los revolucionarios" argentinos de 1810. Verdad esta tan evidente, sigue siendo negada sin pruebas algunas por los dogmatizantes. Otro pecado, según ciertas gentes, es el citar el Año X de Hugo Wast, y llegar a transcribir con elogio un par de sus páginas. Se refiere a la pérdida del Alto Perú, debido a los excesos y crímenes de los porteños, y escribe Gustavo Martínez Zuviría que "un reciente libro de autor argentino —que ha levantado agitada polvareda— trata este problema de manera integral, considerándolo desde un punto de vista particularmente novedoso, no tanto porque aporte elementos nuevos, cuanto porque con los mismos elementos de siempre, demuestra cosas que ha interesado dejar calladas, y señala errores que ha habido interés en silenciar". Palabras felices por exactas y atinadas son éstas, y nos felicitamos de que, no en aras del amor filial, sino en las de la verdad, las haya estampado el joven autor de esta obra.

Guillermo Furlong S. J.

LEOPOLDO DURAN. — "Contribución a un Diccionario de Seudónimos en la Argentina". — Librería Huemul. — Buenos Aires, 1961. — 146 págs.

Es esta una obra que se convertirá en manual de trabajo indispensable para quienes hacen de las letras un oficio, un arte o un instrumento. Desde largos años atrás se venía notando la ausencia de un estudio serio que ofreciera a los investigadores un conjunto ordenado y catalogado de las iniciales y seudónimos utilizados por escritores, poetas, periodistas y políticos argentinos. Una obra de esta naturaleza resultaba indispensable para localizar e individualizar el rico tesoro de piezas literarias y documentales dise-

minadas en innumerables publicaciones, generalmente de orden periodístico.

La utilización de iniciales, a veces verdaderas, a veces falsas, o de seudónimos, había impedido recoger el material que numerosos trabajadores intelectuales han producido, ya sea como fruto de colaboraciones espontáneas, ya en cumplimiento de la dura tarea de redactar columnas periodísticas ocultos bajo seudónimos no siempre identificables. Por ello el aporte que significa este "Diccionario de Seudónimos" es, en todo sentido, muy valioso.

Los nombres y seudónimos citados en la obra comprenden a escritores del pasado y a figuras que aún viven en nuestros días. El autor, con modestia, ha calificado al libro como una "contribución al tema", y en verdad lo es desde que no ha pretendido agotarlo por ser aquél lo suficientemente amplio como para exigir otras tantas contribuciones como la que comentamos. Destacamos, sin embargo, que Leopoldo Durán demuestra haber realizado una abnegada búsqueda, desde que en sus páginas se hallan identificados los más destacados escritores de nuestra tierra que han desfilado por la letra de molde, encubiertos bajo nombres fic-

ticios que no siempre conocieron sus contemporáneos.

En este aspecto de la producción intelectual, antes de Durán, y como meritorios antecesores aunque especializados en seudónimos hispano-americanos, pueden citarse el "Diccionario de anónimos y seudónimos hispano-americanos" (Buenos Aires, 1925) de José Toribio Medina, y las obras "Errores y omisiones del diccionario de anónimos y seudónimos hispano-americanos" (Buenos Aires, 1928) y "Nuevas aportaciones al diccionario de anónimos y seudónimos de J. T. Medina" (Buenos Aires, 1929) de Ricardo Victoria. También merece citarse como antecedente el "Índice auxiliar de seudónimos y nombres" del catálogo metódico de la Biblioteca Nacional. De modo que el libro de Durán puede considerarse con justicia y razón, como el primero destinado a despejar la incógnita de las iniciales y seudónimos empleados por escritores que han escrito y escriben en la Argentina.

León Benarós firma la Noticia Preliminar, en la que traza un sintético perfil del autor y reseña su producción de singular interés documental y literario.

Néstor Tomás Auza.